

flores, la sombra de los hermosos árboles, y el aliento refrigerante de la noche, no serían mensajeros encargados de traernos tan fausta nueva? El gobierno debe velar ciertamente por todos medios para conservar la vida humana; pero la naturaleza tiene secretos que solo la imaginación puede penetrar; y fácilmente comprendo cómo los habitantes y los extranjeros no huyen de Roma por la especie de peligro que corren en ella mientras duran las estaciones más hermosas del año.

LIBRO SEXTO

COSTUMBRES Y CARACTER DE LOS ITALIANOS

CAPITULO I

La irresolución del carácter de Osvaldo, aumentada con sus desgracias, le inclinaba á temer todas las determinaciones irrevocables: ni se había siquiera atrevido, en su perplejidad, á preguntar á Corina el secreto de su nombre y de su destino, y no obstante su amor hácia ella cada día se hacía más violento; jamás la miraba sin conmoverse; apenas podía, aun en medio de las gentes, apartarse un instante del sitio donde estaba sentada; y no salía de su labio una palabra que él no sintiese en su corazón, ni tenía un momento de tristeza ó de gozo,

cuyo reflejo no se repitiese en la fisonomía de Osvaldo. Empero, al paso que admiraba á Corina, y ardía en su amor, advertía cuán mal convenia semejante mujer con el modo de vivir de los Ingleses, cuánto difería de la idea que su padre habia formado de la que debia ser su esposa; y lo que decia á Corina se resentía de la turbacion y del encogimiento que aquellas reflexiones le causaban.

Harto lo notaba Corina; mas le hubiera sido tan difícil romper con lord Nelvil, que ella misma procuraba evitar una explicacion decisiva; y como su carácter era bastante vivo, gozaba de lo presente, cual se le ofrecia, por mas que le fuese imposible saber qué aconteceria en lo venidero.

Habíase apartado enteramente de todos para entregarse á su pasión á Osvaldo; pero al fin ofendida de su silencio sobre lo sucesivo, resolvió aceptar un convite para un baile en que la esperaban con ansia. No hay cosa alguna mas indiferente en Roma que separarse de la sociedad, y volver á ella, segun acomoda; en ningun país se piensa ménos en lo que llaman en otras partes *murmuración*; cada cual hace lo que le parece, sin que nadie lo note, ni quiera saberlo, á no ser que resulte de ello un obstáculo para el amor, para la ambición ajena. Los Romanos miran las acciones de sus conciudadanos con la misma indiferencia que las de los extranjeros que pasan, y van y vuelven por su ciudad, reunion de los habitantes de Europa. Cuando

supo lord Nelvil que Corina iba al baile, se incomodó, porque ya le parecia que hallaba en ella cierta disposicion melancólica que simpatizaba con la suya; mas de improviso la vió muy dedicada a la danza, habilidad en que sobresalía, y su imaginacion aparecia exaltada con la perspectiva de una fiesta. No era Corina una criatura frívola; pero cada dia se sentia mas dominada por su amor á Osvaldo, y trataba de probar á debilitar su poder. Sabia por experiencia, que la reflexion y los sacrificios pueden ménos en los caracteres apasionados que la distraccion, y juzgaba que la razon no consiste en vencerse uno á sí mismo segun las reglas, sino del modo que puede.

— Es preciso, decia á lord Nelvil que la reprendia por esta intencion, es preciso que yo sepa si solo vos en el mundo podeis ya llenar mi vida; si no puede aun agradarme lo que me divertia otro tiempo, y el sentimiento que me inspirais debe absorber todos los demas sentimientos, y todas las demas ideas. — ¿ Pretendeis, pues, cesar de amarme? replicó Osvaldo. — No, respondió Corina; pero solamente en la vida doméstica puede ser agradable sentirse dominar así por un afecto no mas. Yo necesito de mis habilidades, de mi talento, de mi imaginacion para conservar el esplendor de la vida que he adoptado, y me hace mal, muchísimo mal, amaros del modo que os amo. — ¿ No me sacrificaríais, dijo Osvaldo, esos aplausos, esa gloria?... — ¿ Qué

se os da, repuso Corina, de saber si os los sacrificaria? No es del caso, puesto que no estamos destinados uno á otro, extinguir sin remedio para mí la única especie de ventura con que debo contentarme. — Lord Nelvil no contestó, porque al explicar su cariño, era forzoso que manifestase el designio que aquel cariño le inspiraba, y su corazon aun no le conocia. Calló, pues, suspirando, y acompañó, aunque con pesar, á Corina al baile.

Era la primera vez, despues de su desgracia, que veía una reunion numerosa, y el estrépito de una fiesta le causó tal impresion de tristeza, que permaneció largo rato en una sala al lado de la del baile, con la cabeza apoyada en la mano, y sin querer siquiera ver bailar á Corina. Oía aquella música de danza, que como todas las músicas, hace meditar, aunque al parecer no tiene mas destino que la alegría: el Conde de Erfeuil llegó á este tiempo emblesado con un baile, con una tertulia, con una reunion numerosa, que le recordaba en algun modo la Francia.

— He hecho cuanto he podido, dijo á lord Nelvil, para encontrar algun interes en esas ruinas de que hablan tanto en Roma; mas no veo en ellas ninguna belleza, y seguramente es una preocupacion admirar esos escombros cubiertos de abrojos. Diré mi dictámen cuando vuelva á Paris, porque ya es tiempo de que tenga fin este prestigio de Italia: no hay en Europa monumento alguno de los que

subsisten enteros, ménos dignos de aprecio que esos trazos de columnas, esos bajos relieves ennegrecidos por el tiempo, imposibles de admirar si no es á fuerza de erudicion; y un placer comprado con tantos estudios, no me parece muy vivo por sí mismo, porque para divertirse con extremo en los espectáculos de Paris, nadie necesita pasar las noches en vela con los libros. — Lord Nelvil no contestó; pero habiendo insistido el Conde de Erfeuil, deseando saber qué impresion le habia causado Roma: — No es ocasion oportuna en medio de un baile, dijo Osvaldo, para hablar con seriedad de ese punto; y ya sabeis que yo no acierto á hablar de otro modo. — En buen hora, replicó el Conde de Erfeuil: yo soy mas alegre, lo confieso; mas ¿quién sabe si no soy tambien mas prudente que vos? Creedme, esta frivolidad aparente encierra mucha filosofía, y así se debe tomar la vida. — Acaso tendreis razon, repuso Osvaldo; empero vos no sois así por reflexion, sino por naturaleza, y por eso mismo vuestro modo de ser no conviene á los demas.

El Conde de Erfeuil oyó nombrar á Corina en la sala del baile; y entró en ella para saber lo que habia: lord Nelvil llegó hasta la puerta, y vió al príncipe de Amalfi, Napolitano de hermosísima presencia, rogando á Corina que bailase con él la *Tarantela*, danza de Nápoles, llena de gracia, y de originalidad: los amigos de Corina tambien la suplicaban, y ella aceptó sin resistencia, lo cual ad-

miró bastante al Conde de Erfeuil, acostumbrado á los desdenes que suelen, segun la fórmula, preceder al consentimiento. Pero en Italia no se conoce esta especie de gracias, y cada cual piensa sencillamente agradar mas á la sociedad apresurándose á hacer lo que desea. Corina hubiera inventado este estilo natural, si no hubiese estado en uso. Su vestido de baile era elegante y ligero; una red de seda á la italiana encerraba sus cabellos, y sus ojos manifestaban un placer vivo que la hacia mas seductora que nunca. Turbóse Osvaldo; luchaba consigo mismo; despechábase de verse aprisionado por aquellos atractivos de que debía quejarse, pues en lugar de procurar agradarle, casi solo por huir de su imperio se mostraba tan hermosa Corina. Mas ¿quién resiste á las seducciones de la gracia? aun desdeñosa, seria omnipotente, y no era por cierto tal la disposicion en que Corina se hallaba: divisó á lord Nelvil, sonrojóse, y sus ojos tenian, al mirarle, una suavidad encantadora.

El príncipe de Amalfi bailaba acompañándose con las castañuelas; y Corina ántes de empezar, hizo con las dos manos á los presentes un saludo graciosísimo, y girando rápidamente sobre sí misma, tomó el pandero que el príncipe de Amalfi le presentaba. Rompió á bailar, agitando el viento con aquel pandero, y todos sus movimientos tenian una soltura, una gracia, una mezcla de honestidad y de abandono, que podia dar idea del poder que las

Bayaderas ejercen sobre la imaginacion de los Indios, cuando son, digámoslo así, poetas con su danza; cuando expresan tantos sentimientos diferentes con los pasos caracterizados, y los cuadros encantadores que presentan á la vista. Corina sabia con tanta perfeccion todas las actitudes que ofrecen los pintores y los escultores antiguos, que con un leve movimiento de brazos, poniendo el pandero ora encima de la cabeza, ora delante de sí con una mano, miéntras la otra recorria los cascabeles con increíble destreza, representaba á las danzadoras de Herculano, y excitaba un sinnúmero de ideas nuevas para el dibujo y la pintura.

No era la danza francesa, tan notable por la elegancia y la dificultad de los pasos, sino una habilidad mucho mas dependiente de la imaginacion y de la sensibilidad; la precision y la blandura de los movimientos expresaban sucesivamente el carácter de la música; y Corina, danzando, comunicaba al alma de los espectadores lo que sentia, como si hubiese improvisado, como si tocase la lira, ó dibujase algunas figuras; todo era para ella lenguaje: los músicos mirándola, se animaban á hacer sentir mejor el genio de su arte; y no sé qué pasion de alegría, qué sensibilidad de imaginacion, electrizaba á un propio tiempo á todos los que asistian á aquella danza mágica, y los arrebatava á una existencia ideal, donde se ueña una felicidad que no es de este mundo.

Hay cierto momento en esta danza napolitana en que la mujer se arrodilla delante del hombre, mientras él gira en torno de ella, no como dueño, sino como vencedor. ¡Cuánto atractivo, cuánta dignidad ostentaba entonces Corina! ¡Cómo arrodillada era soberana! Y cuando se levantó, haciendo resonar su instrumento, su címbalo aéreo, parecía que la animaba un entusiasmo de vida, de juventud y de belleza, capaz de persuadir que no necesitaba de nadie para ser dichosa. ¡Ay! no era así; mas temíalo Osvaldo, y suspiraba admirando á Corina, como si cada aplauso la apartase de él. Al fin de la danza, se arrodilla á su vez el hombre, y la mujer danza al rededor; en este instante, aun se excedió, si era posible, Corina á sí misma; su girar era tan rápido, recorriendo dos ó tres veces el mismo círculo, que sus piés calzados con borceguies, volaban por el suelo con la velocidad del relámpago; y cuando alzó una mano agitando el pandero, y con la otra hizo señal al príncipe de Amalfi para que se levantase, todos los hombres estaban por arrodillarse como él, todos, ménos lord Nelvil, que se retiró algunos pasos, y el Conde de Erfeuil que se adelantó para aplaudirla. Los Italianos que se hallaban presentes, no pensaban en hacerse notables por su entusiasmo; entregábanse á él, porque le sentian, porque no son hombres bastante habituados á la sociedad, y al amor propio que excita, para pensar en el efecto que producen, y nunca se

dejan distraer de su gusto por la vanidad, ni de su fin por los aplausos.

Corina estaba embelesada con los elogios, y daba gracias á todos con una gracia sencillísima; sentia placer de haber agradado, y lo manifestaba como una criatura inocente; empero lo que mas la ocupaba, era el deseo de romper el tropel para acercarse á la puerta contra la que estaba apoyado Osvaldo: llegó al fin, y detúvose un instante para esperar que él le hablase. — Corina, le dijo, haciendo un esfuerzo para ocultar su turbacion, su enajenamiento y su pena; Corina, ¡cuántos obsequios, cuántos aplausos! Pero entre esos adoradores entusiastas, ¿hay un amigo animoso y veraz? ¿hay un protector para toda la vida? ¿y debiera bastar á un alma como la vuestra el vano estruendo de las alabanzas?

CAPITULO II

El tropel estorbó que Corina respondiese á lord Nelvil; iban á cenar, y cada *cavaliere servente* se apresuraba á sentarse junto á su senora. Llegó una extranjera, y no encontrando ya sitio, ningun hombre, sino lord Nelvil y el Conde de Erfeuil, le ofre-

ció su asiento; y no era esto en los Romanos egoísmo ni descortesía, sino que la idea que los grandes señores tienen del honor y de la obligación, consiste en no apartarse ni un momento de su dama. Algunos no habiendo podido sentarse estaban detrás de la silla de sus amadas, dispuestos para servir las á la menor seña; las señoras no hablaban mas que con sus caballeros, y los extranjeros vagaban en vano al rededor de aquel círculo donde nadie tenia cosa alguna que decirles; porque las mujeres en Italia desconocen la vanidad, ni saben que es en punto de amor un triunfo de amor propio; no desean agradar mas que al que quieren; no hay seducción del ánimo antes de la del corazón, ó de la vista, y los principios mas rápidos traen muchas veces un sincero abandono, y aun larguísima constancia. La infidelidad en Italia es mas severamente censurada en un hombre que en una mujer: tres ó cuatro hombres con diversos títulos siguen á la misma, y ella los lleva consigo sin molestarse á veces siquiera en decir su nombre al dueño de la casa que los recibe: uno es el preferido, otro el que aspira á serlo, y el tercero se llama el paciente (*il patito*); este es del todo despreciado; pero no obstante se le permite hacer el servicio de adorador; y todos estos rivales viven juntos en paz. Solo el vulgo ha conservado la costumbre de dar puñaladas. Hay en este país una mezcla rara de sencillez y de corrupción, de artificio de sinceridad, de bondad y de venganza, de fla-

queza y de vigor, que se explica con una observación constante; á saber, que las prendas apreciables nacen de que no se ejecuta nada por vanidad, y los vicios de que se obra mucho por interés, ora sea este interés de amor, de ambición ó de riquezas.

Las distinciones de clase causan por lo regular poco efecto en Italia; las preocupaciones aristocráticas hallan poco lugar, no por filosofía, sino por facilidad de carácter, y familiaridad de costumbres; y como la sociedad no se constituye juez de nada, todo lo admite.

Concluida la cena, todos se pusieron á jugar; algunas mujeres á juegos de suerte, otras al whist mas silencioso; y no se pronunciaba ni una palabra en aquella sala tan ruidosa un momento antes. Los pueblos del mediodía suelen pasar de la mayor agitación al descanso mas profundo; y aun es una de las oposiciones de su carácter, la pereza unida á la actividad mas incansable: en todo son hombres que no deben juzgarse á primera vista, porque en ellos se hallan las virtudes y los vicios mas encontrados; si en un instante se les ve prudentes, quizá en otro serán los hombres mas temerarios; si son indolentes, acaso descansan de haber trabajado, ó se están preparando para trabajar de nuevo: en fin, no pierden ninguna fuerza del alma, y se aumentan todas en ellos para las ocasiones decisivas.

En aquella tertulia de Roma, en que se hallaban Osvaldo y Corina, habia hombres que perdian enor-

mes cantidades al juego, sin que se pudiese notar de manera alguna en su semblante; y aquellos mismos hombres habrían manifestado sentimientos vivísimos, y usado de ademanes muy expresivos, si hubiesen contado algunos hechos de poca importancia. Pero cuando las pasiones llegan á cierto grado de violencia, temen á los testigos, y casi siempre se encubren con el silencio y la inmovilidad.

Lord Nelvil conservaba un amargo resentimiento de la escena del baile, porque pensaba que los Italianos, y su modo exaltado de expresar el entusiasmo, habían distraído, á lo ménos por un momento, de él la atención de Corina. Causábale sumo pesar; mas su altivez le aconsejaba que lo ocultase, ó que solo lo diese á entender mostrando despreciar los aplausos que complacían á su brillante amiga. Convidáronle á jugar, negóse, y también Corina que le hizo seña de que fuese á sentarse á su lado. Osvaldo recelaba comprometer á Corina, pasando la noche á solas con ella á vista de todos. — No temais, le dijo Corina, nadie pensará en nosotros; aquí no se acostumbra hacer en la sociedad mas que lo que agrada; no hay respeto establecido, ni se exige ninguna consideración; basta una urbanidad cariñosa; y no hay quien exija que otros se violenten por él. En verdad no existe en este país la libertad, cual vosotros la entendeis en Inglaterra; pero se disfruta de una completa independencia social. — Es decir, repuso Osvaldo, que no se guarda respeto alguno á

las costumbres. — Por lo ménos, interrumpió Corina, no se usa de ninguna hipocresía. Mr. de la Rochefoucault ha dicho: *El menor defecto de una mujer amiga de amores es serlo*. En efecto, si cometen yerros la mujeres en Italia, no se valen de la mentira; y si el matrimonio no se mira con todo respeto, es con noticia de ambos esposos.

— No es la sinceridad el motivo de esa especie de franqueza, respondió Osvaldo, sino la indiferencia de la opinión pública. Cuando llegué aquí, tenía una carta de recomendación para una princesa; díla á un criado para que la llevase; pero él me respondió: señor, esta carta no os sería por ahora de ningún provecho, porque la princesa no recibe á nadie, está *innamorata*; y este estado de *innamorata* se proclamaba como cualquiera otra situación de la vida, sin que sirviese de disculpa siquiera á semejante publicidad una pasión extraordinaria, pues que del mismo modo se van sucediendo nuevos amores y todos son igualmente conocidos. Usan las mujeres de tan poco misterio sobre este punto, que confiesan sus amoríos con ménos rubor que las nuestras hablarían de sus esposos: no es difícil creer que á esta inconstancia sin pudor no se mezcla ningún sentimiento profundo ni delicado, y así en esta nación, en que solo se piensa en el amor, no hay siquiera una novela, porque el amor es en ella tan rápido y tan público, que no da campo á ninguna narración circunstanciada, y para pintar con verdad.

bajo este respecto las costumbres generales, seria preciso empezar y concluir en la primera página. Perdon, Corina, exclamó lord Nelvil, advirtiéndole la desazon que le causaba; sois Italiana, y esta idea debiera hacerme ménos severo; mas una de las causas de vuestra gracia incomparable es la reunion de todos los atractivos que caracterizan á las diversas naciones; ignoro dónde os educásteis, pero sin duda alguna no habeis pasado toda vuestra vida en Italia; quizá en la misma Inglaterra... ¡Ah! Corina, si fuese así, ¿como habríais dejado aquel santuario de la honestidad y de la delicadeza para venir aquí, donde tan mal se conoce, no solo la virtud, sino aun el amor? Respirose con el aire; pero ¿penetra al corazon? Las poesías, en que el amor tiene tanta parte, muestran suma gracia, suma imaginacion, y se adornan con brillantes pinturas de vivos y voluptuosos colores: mas ¿dónde hallareis aquel sentir melancólico y tierno que anima nuestra poesía? ¿qué comparareis á la escena de Belvidera y su esposo en Otway; á Romeo en Shakspeare; y en especial á los admirables versos de Thompson en su canto de la primavera, cuando pinta tan noble y tan dulcemente la felicidad del amor en el matrimonio? ¿hay tal matrimonio en Italia? ¿y dónde no existe felicidad doméstica, puede haber amor? ¿no es esta felicidad el objeto de la pasion del alma, como la posesion el de la pasion de los sentidos? ¿si no dan la preferencia á las prendas del corazon y del enten-

dimiento, no se parecen todas las mujeres jóvenes y hermosas? ¿y estas prendas qué hacen desear? el matrimonio, esto es, la union de todos los sentimientos y de todas las ideas. Aun cuando, por desgracia, existe entre nosotros el amor ilegítimo, es todavía, si me atrevo á decirlo, un reflejo del matrimonio; buscase en él la felicidad íntima que no se ha conseguido en el asilo doméstico, y hasta la infidelidad es mas moral en Inglaterra, que el matrimonio en Italia.

Estas palabras eran duras, herian profundamente á Corina, y levantándose al punto, con los ojos llenos de lágrimas, se salió del aposento, y volvióse, improvisamente á su casa. Osvlado sintió en extremo haber ofendido á Corina; pero tenia una especie de enojo de sus aplausos en el baile, que se habia descubierto con las palabras que se le escaparon: siguióla á su casa, mas ella no quiso hablarle, y volvió en vano al dia siguiente por la mañana; encontró la puerta cerrada. Esta prolongada resistencia de recibir á lord Nelvil, no era propia del carácter de Corina; pero la afligia dolorosamente la opinion que habia manifestado con respecto á las Italianas, y aquella misma opinion la mandaba ocultar, si podia, en lo sucesivo el sentimiento que la dominaba.

Osvlado por su parte juzgaba que Corina no obraba en esta ocasion con su natural sencillez, y se confirmaba mas y mas en el descontento que el baile le habia causado, excitando en sí mismo

aquella disposicion que podia luchar con el cariño, cuyo imperio temia. Sus principios eran severos, y el misterio que cubria la vida pasada del objeto de su amor le ocasionaba sumo pesar. Las acciones de Corina le agradaban en extremo; pero algunas veces le parecia que las animaba demasiado el deseo universal de dar gusto; hallábale mucha nobleza, y mucha modestia en las conversaciones y en el semblante; pero harta indulgencia en las opiniones. En fin Osvaldo era un hombre seducido y dominado que aun conservaba dentro de sí una resistencia contra lo que experimentaba. Esta situacion suele causar amargura; hallámonos descontentos de nosotros mismos y de los demas; padecemos y sentimos como necesidad de padecer mas todavía, ó á lo ménos de proporcionar una explicacion violenta que haga triunfar del todo á uno de los dos sentimientos que despedazan el corazon.

En esta disposicion escribió á Corina lord Nelvil. Su carta era dura y poco cortesana; advertíalo, pero sus confusos impulsos le inclinaban á enviarla, porque su guerra interior le hacia tan desgraciado, que á cualquier precio deseaba una ocasion para darle fin.

Una voz, á que no daba fe, pero que el Conde de Erfeuil le habia participado, contribuyó tal vez tambien á hacer mas ásperas sus expresiones. Decíase en Roma que Corina daba su mano al príncipe de Amalfi; y si bien Osvaldo sabia no le amaba, y debia pensar que el baile era el único fundamento

de esta noticia, se persuadió le habia recibido en su casa la mañana del dia en que él no logró entrar, y demasiado altivo para manifestar un sentimiento celoso, satisfizo su secreto descontento, vituperando á la nacion á quien veia con tanto pesar que Corina daba la preferencia.

CAPITULO III

CARTA DE OSVALDO Á CORINA

21 de enero de 1795.

« Os negais á verme, porque estais agraviada de nuestra conversacion de anteayer, y os proponeis sin duda no admitir ya en vuestra casa mas que á vuestros paisanos, queriendo expiar el yerro que habeis cometido en recibir á un hombre de otra nacion. No obstante, en lugar de arrepentirme de haber hablado con sinceridad acerca de las Italianas, á vos, á quien en mis ilusiones queria considerar como Inglesa, me determinaré á decir con mayor fuerza todavía, que si escogeis esposo entre la sociedad que os rodea, no encontrareis ventura ni dignidad. No conozco entre los Italianos hombre alguno que os pueda merecer ni hay uno á quien no hon-